

## GANADOR AUTONÓMICO



### LA ADICCIÓN DEL INSPECTOR HAZELCROWT Y CÓMO NOS SALVÓ

Sergio Garrido Areal  
IES Pino Manso (Galicia)

Los diccionarios no tienen piernas, eso está bastante claro. Desde luego, alguien los ha tenido que robar. Pero, ¿qué clase de demente es capaz de robar todos los libros con una simple definición? Y lo más importante: ¿para qué?

Al menos eso pienso yo, y no creo que esté muy equivocado. Algo está detrás de todo esto, y lo voy a averiguar. ¿O hay algún caso que se le resista al inspector Hazelcrowt?

Como primera pesquisa, he decidido ir a visitar a los presidentes de las principales potencias mundiales. Y os contaré una cosa: qué aburridos son la burocracia y los protocolos. Todo, para decirme que no saben nada. Pero qué broma de mal gusto. ¡Si mi tiempo es oro!

Después de eso me he ido en avión a China. Dicen que allí se inventó el papel, así que algo tiene que haber. Pues nada oye, ni pistas ni nada. Eso sí, muchos chinos han intentando venderme *souvenirs* y un arroz que no sabía bien. Menos mal que he sacado la petaca y he empezado a beber (agua, eh, que el alcohol es para el bar con los colegas).

Y entonces fue cuando me dije: “¿Pero qué estoy haciendo? Lo que tengo que hacer es irme a Alemania, donde se inventó la imprenta”.

Al principio me pareció una buena idea, sobre todo porque las alemanas eran más guapas... quiero decir, corteses. Y allí me fui con mi petaca (os prometo que solo eché otro trago), a Alemania. Pero resulta que como “siempre” tengo tanta suerte, en vez de que mi guía fuera una chica jovencita que no pasara de los veinticinco años, me fue a tocar con la que debió ser la señora de Tutankamon porque, ¡madre mía!, mira que le colgaba el pellejo del cuello. Traducir traduciría muy bien, pero no hizo más que hablarme de sus quinientos nietos alemanes y sus respectivos novios y novias.

Así que, después de oír durante horas a la mujer de Tutankamon, llegamos al que había sido el taller de Gutenberg, el inventor de la imprenta (debe ser el único día que atendí en clase, porque, si no, no me explico cómo lo sé).

Allí fue donde encontré la primera pista. El problema: pues que era una pieza de museo. Hablemos claro: la robé. Sí, no nos andemos con medias tintas. Yo soy un hombre de palabra y juré que la devolvería. Pero ahora creo que la tengo de recuerdo en la estantería, y eso que han pasado tres meses.

Pero no nos desviemos del tema. Resulta que la pieza era un plato conmemorativo del primer libro impreso. Tenía unas palabras grabadas: "Irás al país de la pasta, donde la gran torre torcida aguarda. Busca la estatua".

No hay que ser un genio para saber a qué país se refería... Francia. Luego recapacité un poco, eché otro trago a mi petaca y me dirigí a Roma, en Italia. Me dirigí, entre plazas y puentes, a una estatua de Poseidón, dios de los mares. En su tridente, que por alguna razón inexplicable lo pude coger, me mostró la última pista: "Irás al país de la paella y los toros, donde el castellano se encuentra en su punto de origen. Revisa la gran mancha".

Lo reconozco: tampoco devolví el tridente.

Utilizando mi gran ingenio, me di cuenta de que se refería a Castilla-La Mancha (al fin y al cabo, soy el inspector Hazelcrows).

Concretamente, me fui a un pueblo de cuyo nombre no puedo acordarme. Tengo que dejar la bebida.

Yo ya estaba un poco asqueado. Que si chinos, que si alemanas centenarias, que si estatuas de dioses... ¿Qué tenía eso que ver con los diccionarios?

Pero al ver aquella universidad lo comprendí: Todos los lugares que había visitado tenían algo en común, el conocimiento. Los chinos y el papel, los griegos y romanos y sus filósofos, Gutenberg y la imprenta...

Entré en el edificio y me quedé sin palabras: diccionarios de todos los idiomas, de antónimos y sinónimos, de ortografía, científicos... Todo en la tierra donde nació Cervantes, aquel tío que escribió sobre el colgado de Don Quijote (no me gusta la lectura, ¿qué pasa?).

Y así fue como descubrí que los diccionarios, cansados del desprecio y pasotismo de las personas de hoy en día, decidieron darles una lección: desaparecer, y ver cómo se desesperaban sin ellos. Planteando una prueba que solo yo, el grandioso inspector Hazelcrows, podría superar.

Ahora mismo, tres meses después, soy un héroe reconocido por todo el mundo. Ah, y os confesaré un secreto: Lo que yo bebía de mi petaca no era solo agua.